



## DECIMA PARTE

De 1894 á 1896

RESPECTUOSO HOMENAJE

A LA SRA. D<sup>ña</sup> ELISA LYNCH DE CAMACHO

### CAPITULO PRIMERO

1894.

Por haber sido una nota agradable en la poco amena vida de la sociedad elegante de la Capital, que sólo se deja ver en el monótono desfile de carruajes en el Paseo de la Reforma una hora antes de oscurecer, en las misas de once y doce en algunos templos en moda, en las temporadas de Opera Italiana ó Compañía francesa en el Nacional, en algún rarísimo baile del Jockey Club, y á la puerta de algunas modistas, mencionaré, al menos, el baile que en su casa habitación en la calle de Cadena, dió la distinguidísima esposa del Sr. Rincón Gallardo, Gobernador del Distrito Federal, la noche del 3 de Setiembre. A los invitados, que fueron como unos doscientos, se les suplicó que se presentasen en trajes de fantasía, pero no de los que exigen enormes gastos en telas y en accesorios y en alhajas para simular quien los viste históricos personajes ó tipos de determinadas provincias ó nacionalidades, sino de verdadera fantasía ó más bien capricho, y acordáronse la victoria y el triunfo al disfraz más original ó más gracioso, y fueron proscritas la seriedad y la ostentación. La fiesta resultó de lo más agradable concebible, pues los invitados, especialmente los de la sección femenina, sabían de antemano que no habría de mortificarles esa pasión de la rivalidad en lujo y elegancia

que tanto influye en quitar á toda reunión el contento y el buen humor. Hubo allí garbosísimas *Manolas*, frescas *Primaveras*, delicadas *Flores*, lindísimas *Mandarinas*, simpáticas *Américas*, bellas protagonistas de *Carmen*, *Madama Angot*, *Fausto* y otras piezas de teatro, y entre los hombres, apuestos *Toreros*, espirituales *Magos*, *Clowns* y *Pierrots*, y hasta *Chinas poblanas* y vaporosas *Baularnas*: en disfraces de original capricho abundaron los muy vistosos y bien ideados, la mayor parte hechos con telas ligeras y corrientes y muchos simplemente con papel de colores. Sólo se presentaron de rigurosa etiqueta ciertos altos funcionarios y las personas de determinada edad, que, graves ó serias, no habríanse visto bien con ese género de disfraces. En la fiesta aquella estuvo todo lo elegante y todo lo opulento que forma la alta sociedad de la posición y la riqueza, y el buen gusto en el sencillo decorado de la casa, y la delicada manera con que los distinguidos señor y señora de Rincón Gallardo hicieron los honores y acogieron á sus amigos, dieron por resultado que aquel baile dejase grátisimas memorias en los fastos de las reducidísimas reuniones particulares en la Capital. El gran cotillón con que terminó el baile, muy cerca ya del amanecer, fué notabilísimo por la abundancia y buen gusto y gracia de los juguetes que entre las parejas se distribuyeron.

Y pues de reuniones particulares hablamos, bueno será decir algo de varias tertulias y diferentes bailes en ese año habidos en la Capital de la República, además del muy agradable de la distinguidísima señora de Rincón Gallardo. Para poder incluirlos en un solo capítulo me desentenderé del orden de sus fechas.

En la noche del 13 de Setiembre los Sres. D. Andrés Roig, acatulado propietario, y su esposa D<sup>a</sup> Amada Guirau, notable pianista á quien ya hice referencia en algún otro capítulo de esta obra, invitaron á sus amigos á una reunión familiar en su elegante habitación de la calle de Donceles. En un pequeño y bien dispuesto escenario fué cantada la agradable zarzuela del maestro español Fernández Caballero, *Las nueve de la noche*, según el siguiente reparto: *María*, Srita. Guadalupe Roig; *Teresa*, Srita. Dolores San Miguel; *Capitán*, Manuel Torres Torija; *Sargento*, Jesús Villa; *Alcalde*, Andrés Roig. Todos ellos se portaron en el desempeño é interpretación de sus papeles como verdaderos artistas, según la frase vulgar, debido ello á su propio talento y á la acertadísima dirección de D. Andrés Roig, cuyas cualidades de artista dramático y excelente cantante, podrían envidiar muchos de la profesión. Formaron los coros doce señoritas y quince caballeros todos muy expertos en su parte, y excusado parece decir cuán hermoso conjunto ofrecería la belleza de las unas, la corrección de los otros y la propiedad y buen gusto con que todos vistieron sus papeles: hé aquí los nombres de las personas que formaron los coros;

Sritas. María y Concepción Palacios, Teresa Torres Torija, Concepción, Emilia y Asunción Tagle, Luz y Guadalupe Bandera, María Romero, María Teresa Lagarde, María San Miguel, María Cortazar: Sres. José Arellano, Mariano Arteaga, Augusto Lozada, José Posada, Genaro González, Miguel V. Avalos, Juan Cortazar, Ricardo Guzmán, Alfredo Mateos, Luis y Javier Rodríguez, José Seoane, Antonio Palacios y Santos Roig.

El notabilísimo lucimiento de aquella agradable fiesta, hizo que las numerosas relaciones de la simpática familia Roig pidiesen su repetición, que se verificó á los pocos días y animó á aquel grupo de aficionados distinguidos á una nueva función que fué dada en el pequeño y artístico escenario el 30 de Noviembre, poniéndose en escena la agradabilísima comedia *Por fuera y por dentro* y la popular zarzuela *La Gallina Ciega*. La velada empezó con un gracioso sainete escrito y desempeñado por Luis G. León, habilísimo periodista, buen escritor, pintor notable y según pudo juzgarse discreto actor cómico. En *Por fuera y por dentro* tomaron parte la Sra. Amada G. de Roig, las Sritas. Guadalupe Roig, Dolores Rodríguez de San Miguel y Concepción Palacios, y los Sres. Andrés Roig, Alberto Michel, Javier Rodríguez de San Miguel y Jesús Villa. En *La Gallina Ciega* tuvieron papeles las Sritas. Lupe Roig y Asunción Posada, y los Sres. Jesús Villa, Andrés Roig y Alberto Michel. Cuanto en elogio de ellos pudiera decirse no daría idea bastante de lo oportunos y felices que en ambas obras estuvieron los improvisados artistas: pocas veces se habrá visto desempeño más perfecto en grupos de aficionados. Andrés Roig en *Cleto* y Alberto Michel en *Venancio* parecieron admirables, y la hermosa Lupe Roig hizo tan perfecta *O* como graciosa *Criada* en *Por fuera y por dentro*: Jesús Villa en *Serafin*, pudo ser envidiado por cualquier tenor cómico de no importa qué compañía de teatro público.

Debo también citar un agradabilísimo baile infantil que en su elegante casa de la calle de Donceles dió, en la tarde del 8 de Diciembre, el Sr. D. Carlos Rivas, perfecto caballero y amigo, á los pequeños camaradas de la encantadora niña Concepción Torres Rivas. Esta fiesta fué singularísima por el buen gusto con que estuvo dispuesta y por la bellísima reunión de lindísimas criaturas de las familias Icaza, Camacho, Landa, Lascuráin, Labadie, Castellanos, Redo, Morán, Campo, Cervantes y otras de lo más escogido.

En otro género de diversiones particulares debe mencionarse la dispuesta con objeto benéfico por las Colonias inglesa y americana, en el Tivoli del Eliseo en la última decena de Noviembre. El agradable local de dicho Tivoli fué decorado de modo que ofreciese el aspecto de una aldea ó villorrio de los tiempos de Cronwell y Carlos I: las casas, fingidas con telas y tablas bien pintadas hasta darles la apa-

riencia antigua, eran tiendas de objetos curiosos, teatrillos, y cafés, y en ellas las más hermosas jóvenes de ambas colonias inglesa y americana en que abunda la belleza, procuraban realizar sus mercancías en bien de los pobres y necesitados. Esa diversión original y nueva en México duró los tres días 22, 23 y 24, y dejó gratos recuerdos entre quienes á ella fueron invitados y dió sin duda buenos productos á la beneficencia.

Bajo la denominación de *Centro de San Pedro*, y dedicado á la propaganda religiosa por medio de discursos y conferencias, habíase formado en la Capital un círculo de familias que semanariamente y por amigable turno se reunían en casa de alguno de los socios, entremezclando á la piadosa tarea algunas piezas musicales ejecutadas por los concurrentes: la amenidad de aquellas reuniones y el mérito de algunos de sus socios artistas, fueron motivo para que la agrupación de esas familias intentase dar algunos conciertos que resultaron lucidísimos y procuraban algunas limosnas que distribuía entre recomendables necesitados; para bien de éstos, la sociedad invitó más adelante á todo aficionado ilustre á dar mayor brillantez á sus reuniones y á proporcionarle más numeroso público, y en estos casos las audiciones de sus conciertos tenían lugar en un gran salón de la casa número 4 de la calle de Leandro Valle, en donde se hallaba instalada la Asociación, y allí deslizábanse agradablemente las horas, merced á la amabilidad de los caballeros que formaban la Junta Directiva y al talento de los artistas y aficionados que tomaban á su cargo las audiciones musicales. En la noche del 14 de Noviembre dió el concierto trigésimo octavo esa Sociedad, concierto en que fué la ejecutante la distinguidísima pianista, Srta. Elena Padilla, artista eminentemente que ya hemos elogiado en estas páginas lo mucho que merece. Desde los primeros días en que se presentó en México y tuvimos el honor de ayudarle, con nuestras débiles fuerzas é ilimitado cariño, á darse aquí á conocer, los triunfos y las ovaciones se han multiplicado para la bella artista, á pesar de la injustificada mala voluntad de algunos individuos que parecen sometidos á la estúpida regla de ser enemigos de los de su oficio. Mal que les pese, Elena Padilla es una gran artista como ejecutante, y creemos firmemente que á los más famosos superaría en poco tiempo si se consagrara decididamente á un arte que cultiva hoy día por simple inclinación, sin preocuparse con vivir de él, porque afortunadamente para ella no lo necesita y esperamos y deseamos que no lo necesite jamás. El arte en que, lo repetimos, es tan eminente, constituye para ella una distracción y nada más que una distracción, y en su modestia exquisita ni pretende sobreponerse á músicos de profesión, ni disputarles recursos materiales que, lo repetimos también, no le son en manera alguna necesarios. Por esta causa los aplausos que por donde quiera conquista

ni la envanecen ni ensoberbecen, y sencilla siempre y siempre natural, jamás solicita ella hacerse oír y siempre también se presta á ser oída, no por lucirse, sino por complacer á quienes la consideramos y admiramos como deliciosa pianista.

Poco más podrían extenderse estas noticias de diversiones y recreos particulares. Ya he dicho que la sociedad mexicana es poco afecta á reunirse, á pesar de que como pocas está en aptitud de poderlo hacer. Las casas sin ser ciertamente los palacios que creyó ver un sabio é ilustre viajero, son sin duda más extensas y cómodas que la mayoría de las habitaciones europeas; en las familias abundan los buenos conversadores y la exquisita educación, y el bello sexo cuenta discretas y hermosas damas, y graciosas y bellísimas jóvenes en infinito número; el lujo y la comodidad no ceden á los de cualquier otro país, y cuando esa sociedad se reúne, el conjunto no puede darse más superior y magnífico. Sin embargo, las reuniones no sólo son escasas sino también rarísimas. Los diferentes casinos, muchos de ellos instalados en edificios espléndidos, parecen huir del concurso mágico del bello sexo, y ó sus salones se ven casi desiertos ó sólo los llenan insustanciales conversadores que critican y murmuran del prójimo, y elegantes disipados que mal se distraen en el juego de billar, ajedrez ó dominó, ó pierden tontamente el dinero en otros juegos de azar. Raras, muy raras veces, el Casino del Jockey Club ofrece un baile á las familias distinguidísimas de sus socios, sin que le obligue á salir de su retraimiento el gran éxito de los muy lucidísimos verificados en el histórico y bello y lujoso palacio llamado de *los azulejos*. Menos aún ha hecho en este asunto el Casino Nacional que con aquel compite en la distinción de sus socios y en la comodidad y decorado de sus salones. En la disposición de fiestas ganan á los Casinos del país los de las Colonias extranjeras en México. El Casino Alemán, instalado en el antiguo colegio que se llamó de Niñas de Santa María de la Caridad, da con frecuencia reuniones y bailes muy agradables pero casi siempre de carácter familiar. El Casino Francés, que dispone también de un local bueno en una gran casa particular, aparte de muchas reuniones en que el principal elemento son las familias de los socios, suele ofrecer á la sociedad en general brillantes y grandes fiestas. El Casino Español, mucho más retraído que el Alemán y el Francés, suele no obstante superarles en grandes bailes una vez que se decide á abrir sus puertas á la sociedad mexicana, con la que tan identificados están los españoles aquí residentes. Cuando esto escribo, el Casino Español que ha dispuesto de hermosos locales en las calles de Capuchinas y de San Francisco, ocupa el que en un tiempo fué Café de Veroli y después Café, Fonda y Hotel del Progreso. El edificio no es gran cosa ni exterior ni interiormente, pero el buen gusto con que se ha procurado acomodarle á su nuevo destino, ha acertado á sacar

de ello gran provecho: sus salones, bien decorados, no pasan de regulares; pero en días de grandes fiestas puede utilizar y utiliza el extenso patio cubierto de cristales, que en sus días fué el Café, y en la actualidad, y como Casino, es salón de billares. Ese patio convertido en amenísimo jardín y decorado con fuentes, grutas y cascadas artísticamente dispuestas, resplandeciente con millares de focos eléctricos, colgado de ricas cortinas de terciopelo y espejos magníficos, invadido por lo mejor y más granado de la buena sociedad de la Capital y sus bellísimas jóvenes y damas, es en las referidas grandes fiestas un trasunto de los Edenes de la civilización y un efectivo Paraíso mexicano. La natural y correcta esplendidez con que la Junta Directiva, las comisiones y la Colonia toda atienden y obsequian á sus invitados, completa el encanto de esos suntuosos bailes del Casino Español, que siempre hacen época en las crónicas de la elegancia y dejan gratísimos recuerdos en quienes á ellos concurren.

Entre los dispuestos por particulares, superó á todos en 1894 el que en su magnífica casa de las calles de San Fernando y Rosales ofrecieron á sus amigos los Sres. de Camacho. Las invitaciones impresas en papel vitela, en tipo antiguo, azul y sepia, repartidas con la anticipación de más de veinte días,—delicada fineza á las familias, á las que siempre son poco agradables los convites que no les permiten prepararse convenientemente,—decían así: *Elisa L. de Camacho, tiene la honra de invitar á . . . . . , á un baile que tendrá lugar el 15 de Noviembre próximo, á las nueve y media de la noche en su casa, Calle de San Fernando núm. 38.—México, Octubre 24 de 1894.—Se suplica casa de color, y las señoras cabello empolvado.—R. S. V. P.*

Estas invitaciones fueron enviadas á gran número de familias distinguidas por su posición oficial, por sus antecedentes ó riquezas, por sus méritos ó cualidades, sin impertinentes exclusivismos ni torpes excepciones, exclusivismos y excepciones en que suelen incurrir muchos organizadores de suntuosas fiestas, por orgullo mal justificado las más veces y por falta de conocimiento de los deberes que impone el buen trato social. Los Sres. de Camacho dieron en este punto un admirable ejemplo, y la fiesta por ellos organizada resultó tan soberbiamente maravillosa, como pocas pueden concebirse. Para poder cumplir su principal deseo, que fué el de que la Sra. Elisa Lynch de Camacho correspondiese en un mismo momento y con perfecta igualdad á la amable y entusiasta acogida que todo México le hizo al unirse en matrimonio con el Sr. D. Sebastián Camacho, la adorable organizadora de aquel baile necesitó desentenderse de dichos exclusivismos y excepciones. Y la razón de ello fué lo más sencillo y natural: D. Sebastián Camacho, y vamos á repetir algo que ya hemos dicho, es uno de los caballeros más distinguidos por el aprecio de *todo ese México* á que nos hemos referido: recto y honrado, intachable en su vida

pública y privada; hombre de ciencia y de superiores estudios; inteligente y emprendedor en cuanto signifique progreso para su país en ciencias, artes, industrias, empresas ferrocarrileras, mineras, y bancarias: debiéndose como se debe á sí mismo, á su talento y buen juicio, á su serenidad y á su práctica y experiencia, todo el mundo le conoce, le respeta, le ama y le solicita, y en todas las clases sociales tiene amigos y socios y compañeros que pocas veces dejan de ser fieles, adictos y entusiastas por un hombre tan superior como él lo es. Así, pues, el círculo de sus relaciones es extenso, colosal casi, como el de nadie más. Unase á esto el prestigio propio de su esposa la Sra. Elisa Lynch, tan hermosa como distinguida por su superior talento, su cultivada inteligencia, su finísimo trato y sus innumerables méritos y cualidades; júzguese el aumento que ese prestigio propio de la bella dama, habrá llevado á la cordialidad y número de las amistades del Sr. Camacho, y se comprenderá la dificultad que ese distinguido matrimonio tendrá para cumplir su deseo de obsequiar en un mismo momento y con perfecta igualdad á tan extensas relaciones como han sabido conquistarse con su posición brillantísima y con sus incontables merecimientos.

Su misma casa que, sin llamar exteriormente la atención por la sencillez de sus fachadas, es una de las más extensas y cómodas de la Capital, no facilitaba, sin embargo, el cumplimiento de sus deseos. Sus salones, y las distintas piezas que podían agregárseles, iban á ser insuficientes para recibir á las familias invitadas, y aunque en alguna de las diferentes propiedades del Sr. Camacho podría haberse dispuesto local cómodo y capaz para aun mayor número de concurrentes, el distinguido matrimonio quiso que la recepción se hiciese en su misma suntuosa morada. Para conseguirlo, el Sr. Camacho tuvo la feliz idea de convertir el claro del patio en extenso salón de baile, corriendo un tablado á la altura y nivel de los corredores y quitando á éstos los barandales.

Con buen gusto y con los recursos que la opulencia proporciona todo es fácil: obreros inteligentes operaron bien pronto la costosa transformación del interior de la casa, y en la noche designada para la suntuosa fiesta la mansión de la Sra. Elisa Lynch de Camacho presentó el aspecto de uno de esos palacios de hadas, cuyo tipo se encuentra en la fantástica y popularísima colección de maravillas de *Las mil y una noches*. Los más lujosos trenes de la sociedad opulenta invadían las amplias calles que desembocan en las plazuela y jardín de San Fernando, y de los lujosos carruajes descendían bellas matronas y hermosas jóvenes que si no son reinas y princesas como las de los cuentos de la Sultana, porque en México no se usan esos títulos, sí merecían serlo y lo son, en efecto, de la donosura, de la gracia, del lujo, de la elegancia, y por vasallos tienen á cuantos con admiración